

## La diferencia entre “decadencia” antigua y “decadencia” moderna: una discusión metodológica

Mariano Javier Sverdloff

FFyL UBA (Cátedra de Literatura Europea del Siglo XIX) y CONICET

### Resumen

Dos actitudes son posibles frente al problema de la latinidad y decadencia a fin del siglo XIX. La primera, que ha sido la de la propia *fin-de-siècle*, pero también la de ciertos comentaristas modernos, como Vladimir Jankélévitch, es la de atribuirle la propiedad de “decadente” (signifique esto lo que signifique) a una serie de textos o períodos, y suponer, por tanto, que estos habrían sido una suerte de “precursores” de la propia “decadencia” finisecular. La segunda actitud es la que se deriva de asumir la indefinición del término “decadencia”, y por tanto, su ubicua aplicabilidad; desde este punto de vista, no habría obras sustancialmente “decadentes”, sino textos que así son considerados, pues es tan absurdo llamar “decadente” a Juvenal, como a los tonos ocres de un cuadro de Redon. La categoría crítica de “decadencia”, por tanto, pareciera estar tensionada entre dos polos: uno “ahistoricista”, y otro, “historicista”, relacionado con la “estética de la recepción”. Pero ¿es posible algún tipo de planteo teórico que pueda superar esta dicotomía, o al menos complejizarla? El objetivo de esta ponencia es, precisamente, intentar una reflexión metodológica que, asentada en el enfoque de las literaturas comparadas, permita iniciar un debate acerca de esta cuestión.

Se pueden adoptar dos actitudes diferentes frente al problema de la latinidad y la decadencia a fin del siglo XIX. La primera, que ha sido la del propio *fin-de-siècle*, es la de atribuirle la propiedad de “decadente” (signifique esto lo que signifique) a una serie de textos o períodos de la Antigüedad, y suponer, por tanto, que estos habrían sido una suerte de “precursores” de ciertas derivas del espíritu decimonónico. Tal es, para citar dos casos paradigmáticos, la lectura que hace Nisard de Lucano (a partir del cual, en su *Études de moeurs et de critique sur les poètes latins de la décadence* intenta explicar la propia posición de los escritores románticos), o Des Esseintes de los autores de su biblioteca latina, que incluye tanto a Petronio como Ausonio.

Pero también es el principio que guía algunos enfoques contemporáneos, por ejemplo la compilación *Les décadents à l'école des Alexandrins* o los más filosóficos de Jankélévitch (2000: 33-63) o Pierre Jourde (1994), quienes conciben la decadencia como una categoría “filosófica” o “de la conciencia”; o las obras de Pierre Chaunu (1983) y Julien Freund (1984), quienes plantean una historia de la “decadencia” no como simple concepto, sino como categoría histórica y sociológica efectivamente explicativa, que refiere a una realidad objetiva.

La segunda actitud es la que se deriva de asumir la indefinición del término “decadencia”, y por tanto, su carácter de mero constructo teórico fechado. Dado que este término, usado para definir cualquier cosa, puede tomar casi cualquier sentido a fin del siglo XIX, habría que concluir que en realidad no hay objetos “sustancialmente decadentes”. Incluso, tal como supone Sylvie Thorel-Cailleteau (2000: 15) en virtud de que la propia definición del sustantivo “*décadence*” y el adjetivo “*décadent*” juega con la parodia y la falsedad, estos términos estarían designando más bien un vacío, hecho que la estudiosa relaciona con la ausencia y la autoreflexión narcisista que pierde al objeto nombrado (2000: 15).

O para ponerlo en los términos más simples de Richard Gilman (1979): el sentido de la palabra decadencia no es fijo y depende del uso. Desde este punto de vista, la aplicación del epíteto “decadente” a tal o cual texto latino, es evidentemente una construcción producto de la

recepción: es tan absurdo llamar “decadente” a Petronio o Lucano, como al color ocre de los cuadros de Redon, o la propia poesía de Mallarmé. Esta es la perspectiva que subyace a los estudios actuales más extensos sobre el problema de la recepción de los textos latinos a fin de siglo XIX (por más que incluso en estos textos, a veces se hable, al pasar, de la efectiva existencia de una decadencia “eterna” o de una “decadencia romana”)<sup>1</sup>. Según este punto de vista, que interpreta la noción de decadencia finisecular en términos de “imaginario”, los textos latinos habrían aportado temas, toda una rica y variada gama de personajes y situaciones, que habrían sido utilizadas libremente como “símbolos” por el fin de siglo para expresar sus propias obsesiones, motivo por el cual no podría hablarse de una relación cierta entre los textos de la antigüedad y la modernidad que fuera más allá de la “recepción”.

El lector académico actual –creo yo– tiende a coincidir con el segundo enfoque, pues al no avanzar más allá del siglo XIX y quedarse en la tierra segura del “imaginario epocal” no se arriesga en las turbias aguas de la comparación histórica.

Sin embargo, cualquiera que lea con atención a Lucano, y profundice sobre sus relaciones con Virgilio, su nihilismo, su lengua hiper-retorizada, o su crítica a la idea de cosmos estoica, comprenderá que un punto de vista construido puramente a partir de la teoría de la recepción pierde de vista algo fundamental: hay, como ha sugerido Sklénar (2003), similitudes evidentes entre *the taste of nothingness* de Lucano y el nihilismo de los escritores del fin de siglo. Lo mismo puede decirse de Petronio: un examen rápido de su bibliografía, cuyos tópicos pasan por la parodia, la mezcla de géneros, la intertextualidad, el pastiche, la inversión sexual, la teatralidad, un realismo que incluye formas abyectas de la corporalidad, el triunfo de las relaciones económicas por sobre la moralidad, la “retórica del maquillaje”, da la pauta perfectamente de que hay una “afinidad electiva” entre el *Satiricón* y la “Decadencia” que supo reivindicarlo. ¿Significa esto que tenemos que volver a leer crédulamente a Hegel o Nisard, quienes consideraban a la obra de Lucano –respectivamente– defectuosa o decadente, o que la construcción que Sienkiewicz hace en *Quo vadis?* de Petronio como un refinado cortesano debe ser tomadas en serio? Evidentemente no, pero sin embargo sentimos que no podemos dejar la cuestión en manos de la estética de la recepción, y que el planteo debe ser complejizado.

Consideramos que un buen punto inicial es comenzar a pensar la cuestión en términos de “discurso”, y cambiar las nociones de “decadencia antigua o moderna” por las de “**discurso antiguo sobre la decadencia**” y “**discursos moderno sobre la decadencia**”. Al hacer esto, emergen toda una serie de similitudes entre ambos discursos que posibilitan conservar la noción de “analogía”, pero evitamos la idea de identidad entre ambas “épocas”, “costumbres” o “espíritus”. De este modo conservamos una “diferencia”, pero también una “semejanza”. Y esta “semejanza” debiera permitirnos superar la mera estética de la recepción, esto es, aquella posición teórica que, al explorar de modo disgregado las diversas recepciones del tópico de la decadencia latina, cae, desde nuestro punto de vista, en el error de no percibir la lógica general del “discurso sobre la decadencia”.

Lo que habría que pensar entonces, para decirlo brevemente, es cómo el siglo XIX se apropió del discurso antiguo sobre la decadencia, y lo puso a producir categorías históricas, científicas y literarias. Ahora bien: esta “influencia” no debe ser pensada en un sentido “causal” (en vanos buscaríamos “las fuentes latinas” de cada texto del decadentismo); más bien lo que debe ser indagado es cómo este discurso sobre la decadencia, transmitido por la tradición y reconfirmado una y otra vez por los propios textos latinos que formaban parte de la currícula escolar, y por el propio discurso histórico y científico, ha sido puesto a producir a su vez discursos, y como ya a fin de siglo, estos enunciados sobre la decadencia dieron lugar a toda una serie de lógicas

---

1 David de Palacio, Marie France, *Antiquité latine et décadence*, Paris, Champion, 2001 y *Réviscences romaines, La latinité au miroir de l'esprit fin-de-siècle*, Bruxelles, Peter Lang, 2005.

discursivas dentro del campo mismo de la literatura. Lo que hay que pensar es, entonces, cómo las categorías del discurso antiguo sobre la decadencia cobraron fuerza pragmática a nivel de las poéticas, y, paradójicamente, produjeron enunciados (obras) que permiten ser catalogados de “decadentes” en el sentido de que cumplen con varias de las “características” que los discursos críticos configurados desde el punto de vista del “discurso sobre la decadencia” suponen que los discursos “decadentes” tienen. Pues se ha dado, como se sabe, el curioso fenómeno de que la gran metáfora clásica de la “decadencia”, utilizada para leer y denostar textos, luego de ser provocadoramente revalorizada por escritores como Baudelaire y Gautier, devino, finalmente, un discurso autoreflexivo que llegó a formular poéticas y modificar la propia percepción de la historia literaria.

Y esta “productividad” discursiva de la noción de “decadencia”, debe ser pensada a través de la categoría, propia de la crítica romántica, de la “autoreflexión”, en el sentido de que una serie de motivos propios del discurso antiguo sobre la decadencia, sirvió para constituir un lugar de enunciación irónico y autoconsciente, tal como se observa en el famoso poema de Verlaine *Langueur*, escrito en una paródica primera persona. Dicho de otro modo: si el discurso antiguo de la decadencia le adjudicaba rasgos negativos (*hybris*, animalidad, corrupción, perversión sexual, falsedad, etc.) a los otros, a partir del momento en el cual la categoría toma autoconciencia, los discursos literarios empiezan a producir enunciados, y a explicarse a sí mismos, precisamente a través de este discurso sobre la decadencia (esta podría ser, digamos de paso, una clave para comprender la diferencia entre el rasgo moralizante antiguo y el *pathos* melancólico del discurso literario moderno sobre la decadencia). La realización del carácter “decadente” de un texto (en el sentido de que en él se encuentran los elementos que el género discursivo “decadencia” identifica como motivos) empieza a depender de una “estética”, esto es, de una paradójica “voluntad” de dar forma a “obras” decadentes.

A diferencia de las sociedades, las literaturas pueden decidir ser decadentes, en el sentido de que pueden decidir ser fragmentadas, artificiosas, antinaturales. Y es a causa de estos rasgos que los textos finiseculares “decadentes” hacen recordar, en algún sentido, a sus pretendidos precursores latinos: juego de espejos que parece sugerir a que ambos textos son “síntoma” de una época de crisis. Nos encontramos aquí con una paradoja no menor del discurso moderno sobre la decadencia: que esta poética que ha canibalizado tantas épocas y escuelas, que se ha constituido como un comentario de otras obras de arte con las cuales finge confundirse, que vive de la parasitación crítica y de los juegos paródicos, que se atribuye tantos precursores falsos, que incluso niega a menudo la noción misma de influencia, sin embargo produce obras que “escenifican” los rasgos del género discursivo decadencia, y que, por tanto, deben ser leídas “en relación” con los motivos de tal género discursivo antiguo, o mejor todavía, como actualizaciones de ese discurso.

Pero esto no es todo: también habría que pensar que este pliegue del discurso de la decadencia sobre sí mismo no es nuevo; que ciertas obras de la antigüedad pensaron la historia explícitamente en términos de un discurso de la decadencia y pusieron a producir ese mismo lenguaje que, suponían, tiene las épocas de declinación. Pienso en concreto en el caso de Petronio, donde el discurso que emite Eumolpo sobre la *causam desidiae praesentis* (*Sat.* 88.1.) (en el que se vitupera la bajeza y la falsedad de las costumbres y las artes) puede ser leído como un comentario metatextual del propio funcionamiento del texto.

Estas similaridades, suponemos, no pasaron desapercibidas para los lectores del siglo XIX, quienes, sin embargo, reificaron la categoría, y trazaron, según el paradigma discursivo del “síntoma”, a partir de un mismo fenómeno del lenguaje, una analogía entre dos épocas...

Ahora bien: si al estudiar la antigüedad clásica estamos dispuestos a deconstruir la supuesta “decadencia” de la que hablan los filósofos o los historiadores y a no tomarla en serio, en el caso

del siglo XIX, la “deconstrucción” “discurso de la decadencia” que proponemos, no liquida el problema de sí, para nosotros, “algunos rasgos” de la “decadencia” del siglo XIX son “reales” o “imaginarios”... y esto por el sencillo motivo de que mucha de las teorías que usamos están dispuestas a reconocer como “reales” (esto es, como problemas efectivamente existentes en el campo social o cultural) algunos de los motivos que escenifican los discursos de la decadencia. Elementos tales como la alienación, la proliferación de imágenes orgánicas tanáticas, los mundo prehistóricos, deformes o bacterianos de Redon, las perversiones a la Rops, Salomé y la decapitación de San Juan Bautista, los dibujos de Audrey Beardsey pueden llevar a pensar a algún crítico en una suerte de “malestar en la cultura” y a reactualizar el *clishé* goetheano, convertido en máxima denegada pero subrepticamente aplicada, de que “lo clásico es lo sano y lo romántico lo enfermo”. Así, un crítico podrá interpretar, como Mario Praz en *La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica* que el mero hecho de enunciar un discurso “decadente”, es síntoma de algún tipo de crisis en la cultura o en la civilización, reconocimiento este que implica validar la noción de “enfermedad” que nos propone el propio “discurso decadente”. De modo aparentemente más sofisticado, un crítico de género podrá interpretar la pléyade de sádicos, andróginos, perversos, uranistas y hermafroditas que pueblan las obras del *fin de siècle* como el síntoma de una ansiedad por las fronteras de identidad sexual. ¿No aludirían muchos textos de esta poética, podría interpretarse desde una perspectiva histórica o sociológica, a la separación como mónadas alienadas de los individuos bajo la sociedad burguesa de fin de siglo XIX? ¿Y no es esta separación un “verdadero mal”, propiamente hablando, un rasgo de “decadencia”, para cualquier teoría marxista? En la famosa afirmación de Benjamin en el *Libro de los pasajes* referida al París del Segundo Imperio: “Para el *spleen*, el que yace en la tumba es el sujeto trascendental de la historia” ¿no resuenan muchos tópicos del propio discurso de la decadencia? Y si quisiéramos interpretar estos discursos desde el discurso psiconalítico ¿cómo podríamos pasar por alto que la propia metáfora que utiliza Freud en *Más allá del principio del placer*, la que refiere a Tánatos como la tendencia a la regresión a los estadios más simples de la materia inorgánica, recuerda a las imágenes de descomposición de los textos del *fin de siècle*?

Creo que una de las dificultades para aferrar el difuso concepto de “decadencia” reside en que moviliza conceptos que son centrales para nuestras teorías (discurso sobre la declinación biológica, triunfo de las relaciones económicas sobre cualquier instancia trascendente, separación del individuo de la totalidad social, los pares apariencia/realidad, naturaleza /contranaturaleza, perversión/normalidad, etc.).

Con esta noción, (al igual que sucede, por ejemplo, con una noción en gran medida contraria, la de “progreso”), el primer ejercicio que debemos imponernos es precisamente, como diría Bourdieu, el de “objetivar el sujeto de la objetivación”, para pensar de que modo nuestro propio discurso crítico dialoga con los rasgos semánticos del concepto.

## Bibliografía

- Chaunu, Pierre. 1983. *Historia y Decadencia*. Madrid, Granica.
- Freund, Julien. 1984. *La décadence: histoire sociologique et philosophique d'une catégorie de l'expérience humaine*. París, Sirey.
- Gilman, Richard. 1979. *Decadence: the strange life of an epithet*. Nueva York Farrar, Straus, and Giroux.
- Jankélévitch, Vladimir. 2000. “La décadence”, en Thorel-Cailleteau, Sylvie (comp.). *Dieu, la chair et les livres. Une approche de la décadence*. París, Honoré Champion, pp. 33-63.
- Jourde, Pierre. 1994. *L'Alcool du Silence: sur la décadence*. París, Champion.
- Thorel-Cailleteau, Sylvie. 2000. “Présentation” en Thorel-Cailleteau, Sylvie (comp.). *Dieu, la chair et les livres. Une approche de la décadence*. París, Honoré Champion.

Sklená, Robert. 2003. *The taste for nothingness: a study of virtue and related themes in Lucan's Bellum civile*. Michigan, University of Michigan Press.

---

**CV**

MARIANO SVERDLOFF ES LICENCIADO EN LETRAS POR LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UBA.  
ES AYUDANTE EN LA CÁTEDRA DE LITERATURA EUROPEA DEL SIGLO XIX Y BECARIO DEL CONICET.  
HA PUBLICADO, ENTRE OTROS ARTÍCULOS: “STORNI, QUIROGA, LUGONES: LOS SUICIDADOS DEL ‘30. NOTAS PARA LA HISTORIZACIÓN DE UNA MITOLOGÍA”, EN *HISTORIA SOCIAL DE LA LITERATURA ARGENTINA*, DIRIGIDA POR DAVID VIÑAS, TOMO II, COORDINADO POR MARÍA PÍA LÓPEZ (2007) Y “UT PICTURA DECADENTIA: HUYSMANS COMO CRÍTICO DE ARTE, DE LOS IMPRESIONISTAS AL CRISTO DE GRÜNEWALD”, *BOLETÍN DE ESTÉTICA DEL CENTRO DE INVESTIGACIONES FILOSÓFICAS*, 2009.

---